

# Del saber y el sabor de la Historia en Maravall

**1.** En un ensayo que es apenas un apunte, Borges habla del *pudor* de la Historia: «Yo he sospechado que la Historia, la verdadera Historia, es más pudorosa que la fabricada por los gobiernos a través de la propaganda y que sus fechas esenciales pueden ser, asimismo, durante largo tiempo secretas». Y más adelante añade: «Hay un sabor que nuestro tiempo (hastiado, acaso, por las torpes imitaciones de los profesionales del patriotismo) no suele percibir sin algún recelo: el sabor de lo heroico».

La obra historiográfica de Maravall manifiesta, a un tiempo, la destreza de un hábil descubridor de velos de una historia pudorosa —él prefiere hablar de «tacto»— y el sabor de una disciplina que él concibió siempre como ciencia y como experiencia de la vida: como un *saber*. No sólo es pudorosa la Historia, como quiere Borges, en sus fechas, sino en lo que sobre o bajo las fechas se encabalga: culturas, conceptos, mentalidades, estructuras.

Maravall ha sido uno de los pocos de entre nuestros historiadores que han acompañado su labor de una reflexión sostenida sobre sí misma, hasta el punto de elaborar toda una teoría de la Historia. No tuvo reparo en suspender por un tiempo los apremios de su oficio para hacerse cuestión de qué es la Historia y cuál la función del conocimiento histórico en nuestra existencia. Recordando el planteamiento kantiano, preguntarse qué es el saber histórico entraña el preguntarse, a un tiempo, qué es lo que podemos esperar de ese saber histórico. Si la primera de esas preguntas tiene un alcance epistemológico, la segunda lo tiene sapiencial.

Por lo que hace a la primera de las cuestiones, nunca oculta que el estímulo para enfrentarse al estatuto epistemológico de la Historia le vino de la contemporánea revolución acaecida en las ciencias naturales. Pero, si de la convulsión que éstas habían sufrido en la primera mitad del siglo XX recibió el estímulo, el ejemplo a seguir le advino de los protagonistas de las mismas, por cuanto éstos se habían lanzado a narrar su propia peripecia intelectual de forma que pudiera ser útil a cuantos no eran físicos, o matemáticos, o biólogos.

Ortega había sido el primero en advertir en un madrugador 1918 cómo las ciencias —la física, la matemática, la biología, la historia— comenzaban a reorganizarse en un nuevo paradigma —permítasenos utilizar el término acuñado por Kuhn—, cuyos rasgos eran: la autonomía, la atención a lo discontinuo y la atención a las cosas mismas. Por propia cuenta Ortega se preocupó de describir esos rasgos en la teoría de la relatividad y en la nueva biología representada por el barón Von Uexküll. De una y otra supo, asimismo, extraer las pertinentes consecuencias para su filosofía: una nueva visión de la relación sujeto-objeto, una nueva ética y un renovado fundamento antropológico para una teoría de la Historia. La teoría de la relatividad vino en apoyo de su teoría del *punto de vista* o perspectiva, y en apoyo de éste y de su noción de circunstancia vino asimismo el concepto de *Umwelt*, de Von Uexküll. Esta mirada no ya de reojo, sino sostenida, sobre la nueva reorganización de la mesa de los saberes naturales, habrá de proseguir en la obra de Zubiri. Notorias son las deudas de Maravall con Ortega, incluida su concepción de la Historia, pero suele olvidarse, al enumerar aquéllas, esta incitación general a escuchar las voces de renovación epistemológica que procedían de las que Ortega llamó «ciencias en rebeldía». Éste proseguirá a lo largo de su obra aprendiendo las lecciones que se desprendían de los escritos de los naturalistas, hasta el punto de que un físico como Eddington le preste el bastidor sobre el que bordar alguna de sus *Lecciones de metafísica*, o que un biólogo, representante de la síntesis moderna, como fue Goldschmidt, sea uno de los mentores de su antropología postrera en el celebrado «Mito del hombre allende la técnica».

Ortega reconocía en un célebre prólogo de 1923 cómo Einstein quería hacer una física que no fuera matemática abstracta, sino propia y puramente física; Uexküll y Driesch bogaban hacia una biología que fuera sólo biología y no física aplicada a los organismos; pues bien, «desde hace tiempo se aspira a una interpretación histórica de la Historia». Dicho de otro modo: la Historia comenzaba a configurarse, al contrario de lo que había sucedido en el siglo precedente, como una ciencia autónoma, no reducible, por tanto, ni a la dialéctica abstracta de los conceptos, ni a la geografía, ni a la antropología, ni a la economía. Como un eco de esas palabras, Maravall advierte cómo «la Historia también se afirma con no menor radical convicción sobre sí misma. Junto al pasado historicismo, confuso y sentimental, de un Carlyle, se declara al presente un historicismo de rigurosa base filosófica y epistemológica que, cualquiera que sea su injustificada exageración —me refiero, por ejemplo, al historicismo absoluto de Croce—, encuentra su razón de ser en que la Historia advierte que tiene que ser y va siendo hoy algo muy distinto de lo que había sido hasta hace poco, por lo menos en sus fundamentos lógicos»<sup>1</sup>.

Recuerda Maravall la afirmación de Collingwood «marchamos de la idea de la Naturaleza a la idea de la Historia» como compendio de uno de los rasgos de lo acaecido en la ciencia física: la Naturaleza ofrece hoy la imagen de una realidad finita, dependiente y derivada. El pensar sobre la misma ha de depender, por tanto, de otra forma de pensar. ¿Cuál?: la Historia. Los hechos científicos se dan en un «hic et nunc» y son observados por personas concretas. Por tanto, son hechos históricos y lo son también las interpretaciones sobre ellos montadas, es decir, las teorías. Esto significa que la ciencia natural «existe y ha existido siempre en un contexto de Historia y depende para su existencia del pensamiento histórico»<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Maravall, J. A. Teoría del saber histórico, *Revista de Occidente*, 1967<sup>3</sup>, p. 12-13.

<sup>2</sup> *Ibidem*.

Maravall aceptó el reto de una Historia que tenía que reflexionar sobre sí misma a fin de adquirir conciencia de sus posibilidades, sometiendo a revisión sus objetivos y sus métodos, tal como exigían, por un lado, «la nueva y más grave revolución que la copernicana acaecida en el reino de la Ciencia», y, por otro, el avance mismo de la Historia; en una palabra, «puestos a preguntarnos por aquel saber de nivel más eminente que llamamos ciencia, si es que verdaderamente podemos alcanzarlo, y no por lo que de conocimiento sobre esas realidades se nos pueda dar de otro modo». Pues bien; decidido a hacer teoría de la Historia, no ignora que toda teoría lo es de una praxis. Así lo había indicado ya Ortega cuando recordaba cómo Galileo pasó muchos ratos en los arsenales de Venecia entre cabestrantes y garruchas. Por otra parte, Maravall había advertido cómo las obras de reflexión de los protagonistas de la moderna revolución científica habían surgido sobre una praxis compleja y a menudo ardua. «Partamos de este hecho: tenemos ante nosotros obras de Dopsch, de Menéndez Pidal, de Brandi, de Marc Bloch, de tantos otros. Basándonos en ellas, y analizando lo que en ellas se nos da, hemos de tratar de formularnos lo que el saber histórico sea en el nivel que nos interesa»<sup>3</sup>. Un Berheim o un Bauer habían partido de la consideración de la Historia como ciencia, atendiendo a los métodos de investigación y a los sistemas de construcción lógica en su estado presente y llegando a formular una definición de la misma como un conocimiento riguroso. Pero un historiador como Huizinga, con quien polemizará a lo largo de *Teoría del saber histórico*, había negado tal pretensión, dado que la Historia debía asumir como productos propios también a un Herodoto o a un Gregorio de Tours, a un Michelet o a un Macaulay, con tanto derecho como a un Ranke o a un Braudel. Y si de la obra de este último podía decirse que había ingresado en el camino real de la ciencia, resultaba evidente que no podía decirse otro tanto de los demás. Según Huizinga, pues, la renuncia a la consideración de la Historia como ciencia —dado que en determinadas fases no lo ha sido—, llevaba a englobarla dentro de un concepto más general: como un fenómeno cultural. De una opinión parecida era Marrou.

Tal planteamiento le parece inadecuado a Maravall, pues «sería tanto como pretender que una definición de la Geometría, actualmente, tuviese que dar cuenta del por qué que impulsaba a los agrimensores egipcios, legendarios iniciadores de su estudio... Todos, en conversación cotidiana, nos servimos de ciertos conocimientos de física, biología, psicología, historia; pero, cuando nos preguntamos, con rigor intelectual, hemos de colocar el tema en el plano de la ciencia sistemática. De lo contrario, de una definición de la medicina podría decirse que tenía que comprender una novela como *La montaña mágica*»<sup>4</sup>.

Si la Historia no es una mera técnica de documentación del pasado, tampoco puede reducirse a mero relato de hechos pretéritos. Poco a poco irá dilucidando Maravall su concepción de la Historia como ciencia que equidista por igual de la concepción positivista que de ella tuvo el siglo pasado y de las tesis narrativistas vigentes hoy en día. Distante por igual de un Hegel que de un Ranke, lo estaría igualmente hoy día de un Hempel que de un Gallie, de haber conocido la obra teórica de éstos. Así se deduce del siguiente párrafo: «Tenemos ante nosotros —insistamos una vez más en ello— obras como las de Ranke o Burckhardt, como las de Rostovtseff, Hampe, Menéndez Pidal o Strieder, en las cuales se nos hace patente un saber histórico que es muy otra cosa de la tradición docu-

<sup>3</sup> Ob. cit., p. 15.

<sup>4</sup> Ob. cit., p. 17.